

ECOS DE LA OPINION Y DE LA PRENSA

TRIBUNALES.

UNA MUJER QUEMADA VIVA.

Toda una familia, el padre, la madre, la hija y el yerno comparecen hace dos dias ante la audiencia de la Mancha.

Es una acusacion de asesinato y de robo que llevaba al matrimonio Jonan, y el matrimonio Leconte ante el jurado. Hacia mucho tiempo que no se oia hablar de un crimen verificado con tanta ferocidad, ni de acusados que menos interes inspirasen.

Una anciana, mujer de Erique que se llama la viuda Monquet cedia en 1876 todas sus propiedades a sus vecinos los esposos Jonan y a los hijos de este matrimonio los esposos Leconte, bajo condicion de que la entregarían una renta vitalicia de 1600 francos.

Sus cálculos salieron fallidos. La viuda Monquet estaba dotada de una robusta constitucion, y a principios de 1881 hacia cinco años que los sentimientos de sus vecinos habian cambiado mucho.

Constantemente la indicaban su deseo de que rehuyera algo de la renta convenida, y al fin, dese de que era superior a sus medios y de que acabaria por causar su ruina en breve tiempo.

A principios de este año se negaron en absoluto a pagar los 1600 francos, y como reclamara la viuda Monquet lo que se le adeudaba, Leconte encontró un medio para succionar la pensión que satisfacía a la anciana mujer.

Habéis referido a muchas personas, —ha dicho un día— que mi mujer habia dado a luz un niño y que lo habia matado. Eso no es cierto. Si no renunciara a los 1600 francos, yo demandara de calumnias, seréis condenada y llevada a la cárcel.

La viuda Monquet protegió asegurando que nunca habia dicho nada que redujese en perjuicio de la fama de la mujer Leconte. Pero esta amenaza amenazó ella y aceptó cuantas condiciones estimó conveniente fijar Leconte. Convino en que esta y Jonan, su suero, facilitarian a la viuda Monquet cuanto necesitara; a partir de este convenio, no le fué posible obtener nada de sus deudores. A sus reclamaciones, contestaban:

—¡Qué descanso para nosotros el día en que os morais de vieja!

—¡Obligado Jonan por un amigo de la anciana a cumplir los compromisos contraídos, le contestó:

—¡Basta; si Leconte no la mata, nos arruinara.

El 22 de marzo supo la anciana la brutal espresion de Jonan, y sin pérdida de tiempo salió con direccion a los Piques, cabeza de partido del canton, donde vivió a un uzer. Mr. Coupey, a quien enteró de su difícil situación.

Este envió el 27 de marzo a Jonan y a Leconte un emplazamiento que exasperó a toda la familia. Resolvieron inmediatamente que era preciso desahuciar a la viuda Monquet, y Leconte fué el encargado de asesinarla. Fué a su casa. La pobre vieja estaba sentada junto al hogar, fumando su pipa—egun costumbre de muchas aldeanas normandas.

—¡Ah! ¡Jonan Leconte! ¿Qué os he hecho yo?—escandó la viuda Monquet. Dejádme; os cederé mis bienes.

—¡Hace ya mucho tiempo que me los habeis cedido,—contestó Leconte,—y sin embargo, habeis estado a ver a Coupey para delatarme. Vais a morir, vieja infame!

Una mujer que se hallaba a alguna dis-

tancia de la casa cortando coles, oyó los gritos; pero no llegaron hasta ella las palabras así es que no se preocupó. Además, la viuda Monquet no gritó mucho tiempo. Leconte le echó de cabeza en el fuego. Escudó a los pocos momentos, a pesar de lo cual el asesino dejó entre las llamas el cuerpo de la víctima cerca de un cuarto de hora.

Cuando Leconte adhirió la certeza de que la viuda Monquet habia muerto, arrojó las cenizas de la pipa, llenó esta de tabaco e intentó colocarla en la mano izquierda del cadáver. Pero esta tenia los dedos de la mano rígidos y estendidos, así es que tuvo que romperlos para adherirlos al tubo de la pipa.

Leconte pretendia hacer creer que la anciana habia caido en el fogon al coger un tizo para encender el tabaco.

Durante todo este tiempo la mujer de Leconte acechaba desde la puerta.

El asesino entró en casa de sus suegros. —Ya ha muerto,—les dijo al entrar. —Jonan la ha matado,—dijo la mujer de Leconte, que llegaba al mismo tiempo que su marido.

Nadie hizo observacion alguna. Cuando llegó la noche, la mujer Jonan, su hija y Leconte entraron en la casa de sus vicinias. Las mujeres robaron los armarios, atestados de lenceria. Leconte descubrió un saco que contenia 16000 francos en oro. Todo el botin fué trasladado a la granja de Jonan, y despues que cada uno de ellos hubo tomado 500 francos, se ocultó en lugar seguro el resto de la cantidad robada. Jonan guardó lites hasta en sus zapatos. Las mujeres en el bajo de sus vestidos.

Descubierto que fué el crimen, recayeron sospechas sobre Leconte y su suero.

Fueron detenidos y Leconte confesó sin la menor emocion, y aun mostrando extrañeza de que se le hubiera molestado por tan poca cosa.

Ha comparecido ante el tribunal la Mancha, acompañado de su mujer, de su suero y de su suegra.

Sobre la mesa de las piezas de prueba veianse la mano de la viuda Monquet, su cabeza y sus costillas calcinadas.

Los jurados normandos han hallado circunstancias atenuantes en los cuatro acusados.

Leconte ha sido condenado a trabajos forzados por toda la vida; su mujer a doce años de trabajos forzados.

En atencion a su edad, más de sesenta años, los esposos Jonan han sido condenados a veinte años de reclusion.

LO HELADOS.

Cuando la temperatura del medio ambiente ha adquirido, como en estos dias el máxima de elevacion a que suele llegar en nuestro clima; cuando los rigores del estio se desatan contra nosotros con tanto furor como en las presentes circunstancias, el primer recurso a que acudimos para prestar consuelo y lenitivo eficaz a nuestra fatigosa y angustiada naturaleza, es el uso, y aun el abuso de los helados.

Decidir, pues, a estos algunas líneas, bajo el punto de vista de la higiene, no nos parece cosa inoportuna, ni desprovista de interes.

El primer efecto del frio en la economia es la enervacion y laxitud de todo el organismo, a consecuencia de la sedacion que sobre el sistema nervioso produce. Figura ademas el frio a la cabeza de los elementos astrónticos, y por eso, al penetrar en el estomago un liquido congelado, contrae rápidamente las fibras de los tejidos; no bien la indigestion se ha verificado, la tendencia natural que existe en todo cuerpo a igualar su temperatura con la de los que le rodean, origina una gran pérdida de calor en los órganos vecinos de la cavidad digestiva, cuyo calor se emplea en elevar la temperatura de la materia congelada. Enfríados a aquellos órganos, reaccion a su vez, y por irradiacion, parte del calor de los que a ellos se hallan próximos, y este enfriamiento gradual, pero rápido, que se verifica del centro a la periferia, es el que produce esa suave refrigerancia, esa grata y consoladora sensacion que experimentamos al hacer uso de los refrescos.

Por una ley fisica muy conocida, a esta accion de enfriamiento debe suceder una reaccion igual en intensidad, pero contraria en calidad a aquella accion; esto es, debe verificarse un desarrollo de calor exactamente proporcional al del enfriamiento anterior del fío. Así que el fío que fué este frio muy intenso, aquel que fué el ser y lo es tanto, en efecto, que la aplica a n de un cuerpo muy frio sobre la epidermis, es muchas veces ocasionada a una verdadera quemadura.

Discretamente, por grupos de a dos ó de a cuatro se levantaron de la mesa y acoraron a retirarse.

Un cuarto de hora despues el taller se hallaba desierto.

—Ya lo veis,—dijo Renato que se habia quedado solo con Chevrie,—bien os decia yo que no era este ni el sitio ni la hora de lanzar esta nota tan ligúber en medio de nuestras careñadas.

—No os pese, Sr. Derval. ¿No necesitabais sombra todos los cuadros? Nos habeis emocionado casi hasta hacernos llorar. ¡Dónde está el mal! Si riere siempre, la risa no seria más que un gesto. En cuanto a mi debo daros las gracias; vuestra relacion ha sido, no solamente una merecida rehabilitacion para Jacobo, sino que un verdadero acontecimiento para nosotros. Dentro de ocho dias será conocido en todos los talleres y habeis estado así sobre éste, cuya defensa habeis hecho, el respeto y las simpatias a que es acreedor.

—Lo deseo de todas veras y me siento feliz con llevarme esa esperanza,—respondió Renato.

Al pronunciar estas palabras estrechó la mano de su huésped y se dirigió a su habitacion.

Aquella noche le habia reconciliado con Chevrie y con la humanidad entera. Dado el auditorio especial al que se habia dirigido, no habia contado para su error con tan favorable acogida.

No se acostó. Apoyado en el alfeiz de su ventana respirando el aire fresco de la noche, pensó en Gabriela, a quien ni habia visto ni habia procurado ver siquiera. Maquinalmente prestó atencion, como si esperase percibir en el silencio de la noche el sonido de su voz y el eco de sus canciones.

Pero todo permanencia mudo. Tan solo el Paris matinal dejaba oír el murmullo contenido de sus oscuros trabajos.

Renato desechó su preocupacion y se dirigió hacia el ferro-carril dispuesto a descifrar este enigma vivo que le presentaba el azar: El Sr. Arturo.

Tan sencillas y claras observaciones bastan a explicar los riesgos que entraña el consumo de los helados en ciertas situaciones de nuestra economia, como cuando, tras un ejercicio violento, nos hallamos sofocados y bañados de sudor, en cuyo caso puede la traspiracion suspenderse de súbito y acarrear congestiones gravísimas y dar lugar a pulmonias y predisponer a la tisis.

Tal es el resultado, por desgracia harto frecuente, del consumo irreflexivo de sorbetes y refrescos en los bailes y grandes reuniones, donde la extraordinaria concurrencia, la actividad vertiginosa y la profusion de luces, engendran muy elevadas temperaturas. Y tal es tambien una de las principales causas de que veamos descender diariamente al sepulcro gran parte de la florida juventud de nuestros dias, victima de ese horrible y cruel padecimiento, atribuido por lo comun al pernicioso influjo de las pasiones, y debido en casos mil a excesos tan comunes y tan admitidos como el abuso de los helados en aquellas circunstancias.

No ménos trastornos originan los helados ingeridos en la cavidad gástrica algun tiempo despues de haber comido, y cuando la digestion está algun tanto adelantada, por cuanto que la interrumpe y paraliza, ocasionando cólicos, diarreas, vértigos y aun síncope.

Tambien debe renunciarse a los helados cuando uno siente la piel marcadamente fria, cuando se espere en cierta dejadez, debilidad, abatimiento de fuerzas, cansancio, dolor de cabeza y en cualquier estado patológico ó de enfermedad, salvo los casos en que el liquido en congelacion forme parte del tratamiento ordenado por el médico.

Estas reglas son generales a todos los individuos; pero las hay particulares a algunos de ellos. Perjudican generalmente los helados a los individuos de temperamto linfático, a los de constitucion débil y deprimida, porque absorben todo el calor de su pobre y misera economia, en la que no hay fuerzas ni energia capaces de desarrollar la reaccion. Por lo mismo deben usarse con precaucion en los ancianos y las señoras, señaladamente en las deturbinadas épocas turbulenta y periódicas, en las que el más leve detrimento en la regularidad funcional puede acarrear serios trastornos.

Aparte de estos casos, las bebidas heladas pueden usarse sin prevencion alguna, y aun con favorable resultado, tanto por su accion refrigerante y agradable, cuanto porque aceleran propiamente la calorificacion y activa la nutricion a favor de las reacciones.

En el invierno son los helados más peligrosos que en el verano; ó inmediatamente despues de la comida, son un excelente digestivo. Pero no siendo en este preciso momento, no deben tomarse sino en los dos ó tres horas despues de las comidas.

Y siempre y en todos casos, téngase en cuenta que, si el uso prudente de los helados es por lo comun inofensivo, su abuso es irremisiblemente ocasionado a graves consecuencias; que nunca es tan indispensable apelar a la virtud de la templanza, en materia de bebidas congeladas, como cuando nos hallamos acalorados, que es cuando nuestra naturaleza parece reclamarlas con más urgencia; y por último, que siempre que usemos de ellas, debemos beber antes una corta cantidad de agua fresca, a fin de que cuando el hielo penetra en el estomago, se encuentre ya este algun tanto refrigerado y la impresion no sea tan brusca.

E. P.

LAS CARTAS DE LAS MUJERES.

Papeles de todas clases, tamaños y colores, y sobres caprichosos, grandes y pequeños de diversas formas, por mandato del capricho y de la moda, ha puesto la industria papelería al alcance de la mujer, brindándole a que coja con su elegante y bien conformada mano una ligera pluma para transmitir sus pensamientos.

No ha tenido igual empeño ni fuerza de seducción, aunque mayores lo exige, la educacion del bello sexo para hacerle capaz de manejar el estilo epistolario, que en la vida moderna es de grande necesidad y de continuo uso.

Resulta, pues, inevitablemente, que se escribe poco y no bien por lo general, y las cartas de mujer, manifestaciones muy dignas de estudio, no son tomadas en aprecio, y a veces son objeto de análisis burlescos en manos poco dignas de llevar el guante del caballero.

Debe la mujer escribir con cuidado lo que quiere espresar, que a veces no medita lo que escribe y escribe lo que no piensa. Por creer que se deja algo en el tintero, como más que en éste en su corazon moja la pluma, puede revelar misterios de sus sentimientos, mal encerrados entre los torcidos renglones que parece quisiese escapar por los bordes del papel.

Pero si la mujer no necesita instruccion, ni reservas para dirigirse a los individuos de su familia, cuando se trate de otras relaciones sociales debe estar atenta a lo que hace.

No ha menester la afligida madre reglará para dirigir al hijo de sus entrañas frases de consuelo, si aquel sufre; de esperanza, si padece; y llora desganado; de ternura, si trata de aconsejarle el camino de la virtud.

Tampoco los necesita la apasionada esposa para hacer ver los afanes de su amor y para cantar himnos a la felicidad por lo comun al pernicioso influjo de las pasiones, y debido en casos mil a excesos tan comunes y tan admitidos como el abuso de los helados en aquellas circunstancias.

Podrán los giros de la retórica aconsejar medios para redactar una carta convenientemente; pero no hay gramático ni poeta que sea capaz de decir tan bien lo que una madre dice y una mujer apasionada da a entender en una, al parecer sencilla postdata, en la que entre unas cortas frases, como ha consignado una célebre escritora, está el pensamiento capital de lo que ha querido decir.

Fuera de estos no tiene el sentimiento necesidad de lecciones; pero si la conveniencia social y el purismo honor del bello sexo.

Una mujer dispuesta a escribir es casi siempre como un niño que juega con un arma con la cual puede herirse, y es necesario que se le tenga advertida de los riesgos que corre y de cómo debe manejar la pluma con tino.

Hay quien pretenda deducir de la carta de una mujer las cualidades de esta, en facilidad en el sentimiento, la persistencia de los afectos, la veracidad de sus afirmaciones... y si una mujer es asunto de estudio, más difícil de lo que los viejos creen y más fácil de lo que juzgan los adolescentes, que por una frase amante del sér querido son capaces de ir hasta la pira del mártir, mucho más aventurado es sacar profundas deducciones de una carta femenina.

Por el mundo se paga poco de meditaciones serias cuando se trata de la mujer, y creyendo que en ella todo es veleidad, injusta apreciacion ajena a nuestro sentir, a la ligera juzga y critica y falla sin más, no siempre en favor del débil sér, que sin saber quizás lo que ha hecho y por el gusto de ver en palabras trazadas por su mano el reflejo de sus intenciones, acosa ha dicho más de lo que queria espresar y ménos de lo que se proponia.

La carta que una mujer escribe es como un arma de fuego que se va a disparar, que a veces mata al que la dispara. Es necesario, pues, aprender a manejarla bien, para no sufrir lesiones que casi siempre se marcan en el rostro.

Si todas las mujeres escribieran lo que quieren saber, no habria sabios que pudieran dar a ellas respuesta: si todas supieran lo que escriben, no estaria el catálogo de los crímenes tan lleno de nombres, ni serian tan ligeramente juzgadas muchas mujeres.

Es de sumo interés que el bello sexo esté muy adiestrado en el género epistolario, para suplicar si es que pide, para negar ó conceder si la solicitan, para mostrar el afecto y contener la aversion si tiene que dar patente del estado de su alma.

Una carta inconvenientemente escrita puede hacer tanto daño, que si todas las mujeres, jóvenes y viejas, hermosas y feas se propusieran causar una revolucion terrible, no tendrian más que armarse de plumas, y... al grito de «¡escribir!» de fío temblarian todos los hombres.—E.

El Faro de Vigo.

LA CARTA.

I.

Bajó del coche que habia pagado al tomarlo, y desapareció en la casa. Abrió la puerta de un entresuelo y entró rápidamente: apoyose en el muro tapizado de seda y levantó el velo que ocultaba su rostro. Así permaneció durante un minuto, pálida, temblorosa, cerrados los ojos y a punto de desmayarse. Des us entró en la segunda ha-

litacion y miró en derreter. Era un altar levantado al amor: aquel niño en medio del abril París. Por doquier flores, corgines hacindados sin orden ni concierto sobre la multitud alfombra. A la izquierda un piano, en el fondo el lecho cubierto de satin negro. En el exterior el silencio de la avenida Killar. La condesa Fer ande de RYANT permanencia en pie recorriendo con triste mirada todo cuanto allí le era familiar: en cada objeto hallaba un recuerdo, y estos recuerdos influian de poderoso modo en su corazon. Esta mujer, morena, alta, lujera, con ojos de un verde extraño, era la angustia en accion. Sin moverse dijo en voz alta. ¿Qué contestará? Pasaron tres ó cuatro minutos en silencio. Oyóse el ruido de una llave girando en la cerradura, y en la condesa se operó un cambio repentino. Las mujeres son cómicas admirables. Al entrar Enrique Servain, la condesa sonreía. Cogió él en sus brazos y la estrechó contra su corazon. Hubiérase dicho que aquellos dos séres olvidaban el mundo al acariciarse. Pero Fernanda sufría mucho para olvidar. Desprendiese en seguida de los dulces lazos que le sujetaban y fué a sentarse en un sofá. El puso un almohadon a sus piés.

Entonces ella con voz dulcisima, dijo: —Hace un siglo que no te veo, y te vi ayer. Dime que me amas.

—¿Te adoro!

—¿Cómo gñace un año?

—Mss.

—Un año ya! ¡Cuidado si soy celosa! ¡pero tienes tales atractivos! Eres joven y eres célebre. ¡Ay! tantas mujeres a quien seduce tu conversacion y que te asedian... aunque solo sea por arrebatarme tu cariño!...

Enri me repitió: —¿Te adoro!

—Sin contar los teatros a los cuales debes ir,—continuó Fernanda.—¡Ja ja! ¡debes ir hoy, el ensayo de tu ópera!

—Muy bien.

—Fernanda rompió a reír. ¿No sabes? Juana ha venido a verme. Me ha dicho que cantará el principal papel... ¡jóno se llama la debutante?

—Luisa Plantier.

—Eso es. Pues bien, Juana me ha dicho que la tal Luisa Plantier estaba enamorada de ti, y que tú... te dejabas querer. ¡Ha querido hacerte sufrir y es natural... ¡mi mejor amigo!

Enrique procuraba que sus ojos no se encontraran con los de Fernanda. Este hombre fino y de franca mirada, debia odiar la mentira.

—¡Estoy segura que no me has engañado. Y sin embargo, lo tengo, tengo siempre miedo. ¿No te has fijado en esa cantante?

—No.

—¿De veras?

—Como lo oyes.

—Sabes que amo en ti, la nobleza de tu carácter, lo mismo que la de tu corazon. Dame tu palabra de honor de que no mentes y te creeré.

—Palabra de honor.

Al oír estas palabras, Fernanda se levantó poseída de indignacion profunda y arrancando la máscara de la ternura, exclamó:

—¡Cobard! ¡cobard! Eres el amante de esa mujer: la has escrito. Mira, aquí está tu carta. Si me hubieras confesado la verdad te hubiera perdonado. Pero has jurado sobre tu honor. Has mentido como un lacayo. ¿Has aprendido por ventura de mí? ¿Acaso no te lo he dicho todo? Me he entregado a tí fatigada de mi vida de sociedad. Paris entero sabe nuestros amores; mi marido, mis amigos, todos, en fin. Y me era indiferente: me amabas y te amaba. ¿Qué me importaba el honor, si soñaba con mi amor?

Enrique hizo un brusco movimiento. —Pues bien, sí,—exclamó,—he mentido cobardemente. Tenia miedo de perderte. Pero te amo, te amo, y no puedo vivir sin tí.

—Será necesario que pueas. Yo no te amo, y te desprecio. Adios.

Y se colocó enfrente de la puerta, cruzados los brazos y erguida la cabeza. —Oye,—dijo Enrique,—me conoces: si no me perdonas, me mato.

Fernanda soltó una careñada cruel, y dijo: —Esas cosas se hacen, pero no se dicen.

Enrique contestó con frialdad: —Está bien. Adios.

Y abandonó la estancia.

II.

El Sr. de RYANT entró según tenia de costumbre a la sesión. Anunciáronle que la señora se encontraba indispueta y que no queria recibir a nadie.

El Sr. de RYANT se manifestó contrariado al recibir la noticia. Por primera vez estas milloes, por sus caballos de carrera y por sus tres periódicos, se veia solo aquella noche. Su corte habitual no se habia presentado. Fue a comer al círculo. Al día siguiente, a las horas de almuerzo y de comer, recibió la misma respuesta. La señora condesa estaba enferma y no queria ver a nadie. Fernanda no se presentó hasta el tercer día, pálida y ojosa, despues de cuarenta y ocho horas de agonia moral.

—¿Os suplico que me dispenséis...—dijo a su marido—pero he estado en ferma... —El Sr. de RYANT le besó la mano sin pronunciar palabra, la ofreció el brazo y la condujo al comedor. Las ventanas que se abrían sobre el jardín dejaban pasar un rayo de sol, ese sol de febrero que parece una sonrisa triste. El conde comia con apetito, como hombre que trabaja mucho, un almuerzo suculento, pero sóbrio.

El marido y la mujer se dirigieron algunas palabras en presencia de los criados. El conde acostumbraba a levantarse de la mesa a las once y media, se despedía de su mujer y entraba en su despacho. Recibia audiencia hasta las tres. Este día dijo con indiferencia:

—Necesito hablaros, amiga mía. ¡Me permitis que os acompañe a vuestro gabinete!...

Fernanda hizo un gesto de extrañeza. Despues de seis años de matrimonio, el conde rompía por vez primera con sus costumbres.

—¿No habeis olvidado que esta noche es el estreno de *La princesa de Bagdad*... ¿Veis con gusto que podéis asistir?

Llegado que hubieron al gabinete, Fernanda se sentó y miró a su marido, hombre de elevada estatura, delgado, frío y calmoso; la mirada metálica de sus ojos azules era alegre.

—Mi querida Fernanda,—dijo,—permítidme que fije vuestra reciproca situacion. Cuando casé con vos erais libre. No os pedí amor, sino amistad; he recibido de vos lo que tenia derecho de esperar, doblándose en edad. Habeis traído a mi hogar vuestra admirable hermosura, vuestro incomparable talento, vuestra esquisita educacion, y mis salones son de los pocos dignos de mención, gracias a vos. Creo haber observado fielmente el contrato tácito firmado por nosotros. Gozais de libertad en vuestra vida. Teneis vuestras relaciones y yo tengo las mías. Solo una cosa os he pedido: que si os convenia tener amigos más íntimos... que otros, fueran de mi agrado. Debo haceros justicia, hasta el presente no tengo queja de vos. Los hombres y las mujeres que os visitan son agradabilísimos. Gustais de las gentes de talento, como el señor de Rouvray, y de artistas como Enrique Servain; y me parece mal.

Fernanda se estremeció. El conde continuó tranquilamente, sin acentuar ni una frase:

—¿Rouvray es muy estimable! ¡Qué talento y qué tacto! Os hacia la corte con asiduidad, ¿no es cierto? No os raboriceis. No soy celoso. Hace un año que lo veo con ménos frecuencia. ¡Pobre Rouvray! Sin duda alguna no es aficionado a la música; y, realmente, se hace mucha música en nuestros salones. Creo haber debido molestarle vuestro amigo Enrique Servain. Muy estimable también y hombre de talento. ¡Oh! de mucho talento. Sin embargo, es algo orgulloso... y un poco impertinente. Vos que sois su amiga, aconsejadle que dulcifique su carácter. Es un jóven muy distinguido, pero que alardea de menospreciar el dinero. Esto humilla a mis pobres millones. ¿Entendeis? Rouvray hablaba siempre de sus caballos. Servain habla siempre de su música. Yo pido a Dios que me aficione a la música; ¡pero que queris! soy aficionado de las buenas formas en mis relaciones. Si Servain fuera tan amable como Rouvray os aseguro que no me desagradaria.

Fernanda comprendió a su marido y sintió frio en el corazon, pero recibió pronto su valor. Disponiase a responder cuando su marido que hasta entonces habia permanecido en pié, se sentó cerca de ella y con su eterna sonrisa enigmática dijo:

—Puesto que os invito a que deis un consejo a vuestro amigo Servain, permítidme que os dé también uno.

(Continuará.)

Mañana lunes celebrará la seccion de Gobernacion del Consejo de Estado sesion extraordinaria para despachar expedientes de quintas.

EL REY MISERIA

FOR

PABLO SAUNJERE.

(Continuacion.)

elogio que de ella habia jémo podia yo reconocer a la hija del Rey Miseria, cuyo verdadero nombre ignoraba?

—Yo os hallais mezclado en ese drama íntimo, Sr. Derval: vuestra generosidad ha contribuido a su dichoso desenlace; permítidme que yo también me asocie a él desde muy lejos. Mañana hablaré a mi padre, y mañana vuestra discipula la percibirá lo que legitimamente le corresponde, no solamente para el porvenir, sino que también respecto a sus trabajos anteriores. Podéis anunciarle lo así si lo juzgais oportuno.

—Os lo agradezco,—contestó Renato, con la mayor frialdad que lo que era de esperar,—pero probablemente no verá a la Srta. L'acour hasta dentro de un mes. De aquí a tres horas dejo a Paris, a donde mis trabajos no me permitirán volver sino muy rara vez y por pocas horas.

—¿No podéis escribirselo?

—Me parece más conveniente que vuestro mismo padre se encargue de participarle esta feliz nueva.

—Se hará conforme a vuestros deseos,—respondió Delauna y inclinándose.

—¡Bravo,—dijo Chevrie.—¡Estás soberbio, Anatolio!

A una nueva señal del anfitrión el criado desató tres ó cuatro botellas.

Discretamente, por grupos de a dos ó de a cuatro se levantaron de la mesa y acoraron a retirarse.

Un cuarto de hora despues el taller se hallaba desierto.

—Ya lo veis,—dijo Renato que se habia quedado solo con Chevrie,—bien os decia yo que no era este ni el sitio ni la hora de lanzar esta nota tan ligúber en medio de nuestras careñadas.

—No os pese, Sr. Derval. ¿No necesitabais sombra todos los cuadros? Nos habeis emocionado casi hasta hacernos llorar. ¡Dónde está el mal! Si riere siempre, la risa no seria más que un gesto. En cuanto a mi debo daros las gracias; vuestra relacion ha sido, no solamente una merecida rehabilitacion para Jacobo, sino que un verdadero acontecimiento para nosotros. Dentro de ocho dias será conocido en todos los talleres y habeis estado así sobre éste, cuya defensa habeis hecho, el respeto y las simpatias a que es acreedor.

—Lo deseo de todas veras y me siento feliz con llevarme esa esperanza,—respondió Renato.

Al pronunciar estas palabras estrechó la mano de su huésped y se dirigió a su habitacion.

Aquella noche le habia reconciliado con Chevrie y con la humanidad entera. Dado el auditorio especial al que se habia dirigido, no habia contado para su error con tan favorable acogida.

No se acostó. Apoyado en el alfeiz de su ventana respirando el aire fresco de la noche, pensó en Gabriela, a quien ni habia visto ni habia procurado ver siquiera. Maquinalmente prestó atencion, como si esperase percibir en el silencio de la noche el sonido de su voz y el eco de sus canciones.

Pero todo permanencia mudo. Tan solo el Paris matinal dejaba oír el murmullo contenido de sus oscuros trabajos.

XIII.

El castillo Bourrette.

Mientras la locomotora le arrastraba en su vertiginosa carrera, borrábase de su pensamiento las imágenes que habia evocado durante la noche.

A su llegada al castillo ni intentó ponerse a trabajar. Además de que el insomnio y el cansancio no se le hubieran permitido, queria esclarecer cuanto antes y a toda costa las suposiciones que habia concebido respecto al señor Brattocion.

Por primera vez desde su instalacion en el castillo, en lugar de limitar su paseo al perimetro del parque, se aventuró en la campiña.



—A las once ha comenzado en el Circo...

mente examinada, indicándose algunas...

intereses morales y materiales; para...

Los que han salido perdiendo también...

Sigue siendo el asunto que preocupa...

Segun telegramas recibidos anoche en...

EDICION DE LA MAÑANA

La Gaceta de hoy publica las disposi...

Esta madrugada recibimos los siguie...

La emperatriz de Alemania ha tenido...

En Praga han ocurrido demostracione...

Los grupos formados por estos han s...

Los bandoleros han cautivado cerca...

El Sr. Bourque saldrá en setiembre...

Hoy ha reanudado sus sesiones la co...

Se ha pronunciado un discurso en de...

El número 5.º del periódico literario...

Mañana se verificará en el teatro de...

Esta tarde a las dos celebrará sesio...

El número 5.º del periódico literario...

Mañana se verificará en el teatro de...

Esta tarde a las dos celebrará sesio...

El número 5.º del periódico literario...

Mañana se verificará en el teatro de...

Esta tarde a las dos celebrará sesio...

El número 5.º del periódico literario...

Mañana se verificará en el teatro de...

Esta tarde a las dos celebrará sesio...

El número 5.º del periódico literario...

Mañana se verificará en el teatro de...

ATENTADO

CONTRA EL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS.

La primer noticia que se tuvo anoche...

Se dice en este telegrama, entre otras...

Washington, 2. A las nueve y media...

Washington, 2 (10.20 n.) El pronóstico...

Washington, 2 (10.20 n.) Hay alguna...

Washington, 2. Las heridas recibidas...

TELEGRAMAS

Quencia, 2 (8 n.) Restablecido por completo el orden...

Valencia, 2 (9.17 n.) A las cinco de la tarde ha salido el...

Valencia, 2 (9.21 n.) Segun telegrama del juez de Albufera...

Cádiz, 2 (6.59 t.) A las nueve de la mañana de hoy ha...

Se dijo anoche en algunos círculos...

Podría darse por seguro que el señor...

Han fundado en Vigo el vapor inglés...

En Alicante fundaron ayer el vapor...

Anoche se dijo que había sido llama...

No es cierto. Dicho celoso funciona...

El número de desembarcados en Al...

Anoche a las once fué herida de una...

Ayer estubo en Palacio a ofrecer sus...

Dice la Correspondencia Ilustrada...

Dice anoche el Tiempo: «Concedida...

«Pues luego los comandantes, si es...

«El monarca conversó largo rato con...

Dice la Correspondencia Ilustrada...

Dice anoche el Tiempo: «Concedida...

«Pues luego los comandantes, si es...

«El monarca conversó largo rato con...

Dice la Correspondencia Ilustrada...

Dice anoche el Tiempo: «Concedida...

«Pues luego los comandantes, si es...

«El monarca conversó largo rato con...

TELEGRAMAS

Quencia, 2 (8 n.) Restablecido por completo el orden...

Valencia, 2 (9.17 n.) A las cinco de la tarde ha salido el...

Valencia, 2 (9.21 n.) Segun telegrama del juez de Albufera...

Cádiz, 2 (6.59 t.) A las nueve de la mañana de hoy ha...

Se dijo anoche en algunos círculos...

Podría darse por seguro que el señor...

Han fundado en Vigo el vapor inglés...

En Alicante fundaron ayer el vapor...

Anoche se dijo que había sido llama...

No es cierto. Dicho celoso funciona...

El número de desembarcados en Al...

Anoche a las once fué herida de una...

Ayer estubo en Palacio a ofrecer sus...

Dice la Correspondencia Ilustrada...

Dice anoche el Tiempo: «Concedida...

«Pues luego los comandantes, si es...

«El monarca conversó largo rato con...

Dice la Correspondencia Ilustrada...

Dice anoche el Tiempo: «Concedida...

«Pues luego los comandantes, si es...

«El monarca conversó largo rato con...

Dice la Correspondencia Ilustrada...

Dice anoche el Tiempo: «Concedida...

«Pues luego los comandantes, si es...

«El monarca conversó largo rato con...

TELEGRAMAS

Quencia, 2 (8 n.) Restablecido por completo el orden...

Valencia, 2 (9.17 n.) A las cinco de la tarde ha salido el...

Valencia, 2 (9.21 n.) Segun telegrama del juez de Albufera...

Cádiz, 2 (6.59 t.) A las nueve de la mañana de hoy ha...

Se dijo anoche en algunos círculos...

Podría darse por seguro que el señor...

Han fundado en Vigo el vapor inglés...

En Alicante fundaron ayer el vapor...

Anoche se dijo que había sido llama...

No es cierto. Dicho celoso funciona...

El número de desembarcados en Al...

Anoche a las once fué herida de una...

Ayer estubo en Palacio a ofrecer sus...

Dice la Correspondencia Ilustrada...

Dice anoche el Tiempo: «Concedida...

«Pues luego los comandantes, si es...

«El monarca conversó largo rato con...

Dice la Correspondencia Ilustrada...

Dice anoche el Tiempo: «Concedida...

«Pues luego los comandantes, si es...

«El monarca conversó largo rato con...

Dice la Correspondencia Ilustrada...

Dice anoche el Tiempo: «Concedida...

«Pues luego los comandantes, si es...

«El monarca conversó largo rato con...

TELEGRAMAS

Quencia, 2 (8 n.) Restablecido por completo el orden...

Valencia, 2 (9.17 n.) A las cinco de la tarde ha salido el...

Valencia, 2 (9.21 n.) Segun telegrama del juez de Albufera...

Cádiz, 2 (6.59 t.) A las nueve de la mañana de hoy ha...

Se dijo anoche en algunos círculos...

Podría darse por seguro que el señor...

Han fundado en Vigo el vapor inglés...

En Alicante fundaron ayer el vapor...

Anoche se dijo que había sido llama...

No es cierto. Dicho celoso funciona...

El número de desembarcados en Al...

Anoche a las once fué herida de una...

Ayer estubo en Palacio a ofrecer sus...

Dice la Correspondencia Ilustrada...

Dice anoche el Tiempo: «Concedida...

«Pues luego los comandantes, si es...

«El monarca conversó largo rato con...

Dice la Correspondencia Ilustrada...

Dice anoche el Tiempo: «Concedida...

«Pues luego los comandantes, si es...

«El monarca conversó largo rato con...

Dice la Correspondencia Ilustrada...

Dice anoche el Tiempo: «Concedida...

«Pues luego los comandantes, si es...

«El monarca conversó largo rato con...

DIARIO OFICIAL (COMPLETO) DE AVISOS DE MADRID Y DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

GACETA DE MADRID.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO.

SS. MM. el Rey y la Reina (Q. P. G.) y S. A. R. la Serenis...

ARBITRIOS MUNICIPALES.

Del parte remitido por el adminis...

ALMANAQUE

SANTOS DE HOY.—Domingo 11.º de...

AYUNTAMIENTO DE MADRID

Secretaría.—En la tenencia de...

Secretaría.—Tercera sección.

MADRID 30 de junio de 1881

CORREO CENTRAL.

Cartas de orden por falta de franqueos en esta fecha.

GABINETE DE TELEGRAMAS

Relación de los telegramas que no han podido ser entregados...

CUARTOS DE SALQUILADOS

Limón, 24, segundo. Salitre, 9, segundo. Molino de Viento, 7, tercero.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de las Descalzas Reales...

MADRID 30 de junio de 1881

CORREO CENTRAL.

Cartas de orden por falta de franqueos en esta fecha.

GABINETE DE TELEGRAMAS

Relación de los telegramas que no han podido ser entregados...

CUARTOS DE SALQUILADOS

Limón, 24, segundo. Salitre, 9, segundo. Molino de Viento, 7, tercero.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de las Descalzas Reales...

MADRID 30 de junio de 1881

CORREO CENTRAL.

Cartas de orden por falta de franqueos en esta fecha.

GABINETE DE TELEGRAMAS

Relación de los telegramas que no han podido ser entregados...

CUARTOS DE SALQUILADOS

Limón, 24, segundo. Salitre, 9, segundo. Molino de Viento, 7, tercero.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de las Descalzas Reales...

MADRID 30 de junio de 1881

CORREO CENTRAL.

Cartas de orden por falta de franqueos en esta fecha.

GABINETE DE TELEGRAMAS

Relación de los telegramas que no han podido ser entregados...

CUARTOS DE SALQUILADOS

Limón, 24, segundo. Salitre, 9, segundo. Molino de Viento, 7, tercero.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de las Descalzas Reales...

MADRID 30 de junio de 1881

CORREO CENTRAL.

Cartas de orden por falta de franqueos en esta fecha.

GABINETE DE TELEGRAMAS

Relación de los telegramas que no han podido ser entregados...

CUARTOS DE SALQUILADOS

Limón, 24, segundo. Salitre, 9, segundo. Molino de Viento, 7, tercero.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de las Descalzas Reales...

